

ducidos por un jefe llamado Sanyaja. Había entre ellos dos amigos llamados Sariputra y Maudgalyayana, llamados también por otro nombre Upatishya y Colita, que se habían prometido uno al otro que el primero que descubriera por dónde podrían alcanzar la inmortalidad ó la salvación lo avisaría á su compañero; y habiendo visto Sariputra un día al Asvayita recorriendo la capital y recogiendo limosnas, le chocó el aspecto y actitud de aquel venerable, se decidió á seguirle, y, finalmente, le dijo: «Amigo, tienes el aspecto tan sereno y contento, que te suplico me digas por quién has renunciado al mundo, quién es el maestro cuya doctrina sigues;» y habiéndole contestado el interpelado que su maestro era el Sakia, continuó el otro suplicándole que le comunicase la doctrina de aquel maestro. El Asvayita le contestó que hacía poco que había entrado en la comunidad, y que sólo podía explicar lo principal de la doctrina; pero cuando el asceta ambulante la oyó, reconoció la verdad de la vanidad y que todo lo que nace ha de perecer, y dijo al otro: «Con esto habéis alcanzado lo que ha quedado oculto durante incontados siglos, á saber, un estado que acaba con todas las penas.»

Cuando volvió al lado de su amigo le contó lo que había sabido, y ambos decidieron ponerse bajo la dirección y protección del Perfecto, y con ellos los doscientos cincuenta adeptos suyos, que lo eran principalmente de Sanyaja. Este se dice que trató en vano de disuadir á sus discípulos de su propósito, y hasta ofreció á los dos amigos citados parte en la jefatura de su escuela; y viendo que su ofrecimiento no era aceptado, murió repentinamente de pena y de disgusto. Aquellos dos amigos fueron discípulos modelos de Buda y con el tiempo maestros y columnas célebres de la comunidad budista.

También se refiere que por aquel tiempo fueron á buscar á Buda una multitud de jóvenes distinguidos de Magadha para llevar bajo su dirección una vida santa, lo que excitó la envidia de otros maestros, y que también los habitantes del país empezaron á manifestar sus temores por la gran masa de discípulos que acudieron al santo, diciendo que si aquello continuaba, deja-

ría á todos los padres sin hijos y á las mujeres sin maridos, y produciría la extinción de las familias. Esto oyeron los monjes en todas partes y lo dijeron á su maestro, el cual les contestó que el alboroto á lo más duraría ocho días, y que cuando ellos lo oyesen, contestaran que los perfectos enseñaban á los hombres la verdadera doctrina y que no podría criticarse á los sabios si llevaban al hombre á la verdad. El pueblo lo comprendió, y efectivamente, á los ocho días había cesado el alboroto.

La leyenda refiere muchas otras conversiones, sobre todo de personas notables que en aquel primer período se agregaron á la comunidad budista, como sucedió con Narada ó Nalada, sobrino del célebre poeta y cantor de himnos Asita, que después se hizo célebre bajo el nombre de su familia Catyayana, siendo conocido también por el Gran Catyayana. Más célebre fué todavía Casiapa, llamado también el Grande, que entró igualmente en la comunidad budista cuando Buda se hallaba en Radyagriha. Las vidas de ambos están adornadas con milagros por la tradición.

En este primer período activo de predicación y de propaganda del Buda, algo antes según la tradición meridional y algo después según la del Norte, tuvo efecto su visita á su ciudad patria Capila, cuyo rey Sudohana, habiendo tenido noticia de la estancia de su hijo en el bosque de bambúes de Radyagriha, había enviado mensajeros uno tras otro para invitarle á que le fuese á ver; pero todos los mensajeros se habían convertido é ingresado en la comunidad budista y no habían vuelto. Entonces el rey, en su creciente deseo de ver á su hijo, envió á otro hombre de confianza con cartas para el hijo, haciéndole dar su palabra sagrada de volver con la respuesta aunque se convirtiera al budismo. Este nuevo mensajero, que se llamaba Udayin ó Calodayin, cumplió su palabra, y volando, es decir, atravesando los aires, llevó al rey la contestación del hijo, el cual consentía en hacer á su padre una visita, pero suplicaba á su padre que le dejase vivir, no en la ciudad, sino fuera con sus discípulos en una vihara ó establecimiento monástico. Entonces fué cuando el rey hizo construir el convento.



En el día de la luna llena de enero el mensajero Calodayin suplicó á Buda que aprovechara aquella época del año para emprender el viaje, á lo cual accedió Buda y se puso en camino con dos mil monjes mendicantes andando cada día una yoyana, siendo sesenta yoyanas la distancia total entre Radyagriha y Capila. Calodayin, pasando por los aires, informó al rey diariamente de los progresos del viaje y volvió llevando al Buda su comida de la mesa de su padre. Al aproximarse á la ciudad salieron á recibirle los sakias jóvenes y viejos, que arrojando flores y quemando incienso, le condujeron con los suyos al jardín ó bosque de recreo preparado al efecto.

La leyenda hermosea la relación con gran cantidad de pormenores, diciendo cómo el Buda obligó á los orgullosos sakias á inclinarse delante de él; cómo al día siguiente, con gran asombro del pueblo y no menor del rey, entró en la ciudad y fué de casa en casa con su olla, para pedir su comida de limosna, y cómo después explicó al rey que ser sucesor de Buda, renunciar á los bienes de este mundo y abrazar la pobreza voluntaria y otras cosas, valía más que ser descendiente de reyes y de príncipes. Más adelante, y á invitación de su padre, aceptó los homenajes de los cortesanos y de las mujeres, que todas acudieron á saludarle, excepto su esposa, la madre de Rahula, á quien él mismo fué á ver para consolarla y fortificarla en su fidelidad y resignación.

Hablase entonces fijado un día para proclamar solemnemente sucesor en el trono á Nanda, hermano menor ó hermanastro de Buda, casarle con su novia y establecer su casa. Pero aquel día muy temprano llegó el Buda y al marcharse dió á Nanda su olla de mendicante para que se la tuviera un momento en la mano y Nanda se la llevó hasta la vihara ó convento. La novia, viéndolo, quedó consternada, y mucho más cuando supo que Nanda había ingresado también en la orden budista.

Buda hizo entrar igualmente en la orden á su propio hijo Rahula, de seis años de edad. Había sido enviado por su madre, que le había dicho: «Aquel monje que resplandeciente cual otro

Brahma va acompañado de veinte mil adeptos, es tu padre; ve, pues, y pídele tu herencia paterna.» El niño obedeció y no se apartó del lado de Buda, suplicándole sin cesar que le diera su herencia. Al penetrar así los dos en el bosquecillo del convento, pensó el Buda: «Mejor que todos los bienes perecederos es aquel bien que se me reveló al pie del bodhi, ó árbol de la ciencia, y debo comunicarle á mi hijo.» Llamó á Sariputra y le dijo: «¡Eal, haz entrar á Rahula en la comunidad de la orden.» El rey se apesadumbró mucho de la admisión de su nieto en la comunidad y no lo ocultó á su hijo, el cual le prometió no admitir en adelante á ningún muchacho ó adolescente sin el permiso de sus padres. Buda, no obstante, consiguió propagar también su doctrina y atraer adeptos á su comunidad en su familia y ciudad patria. Ganó la voluntad de su padre, doctrinándole muchas veces. Cuando salió de Capila para regresar á Radyagriha, se detuvo en Anupia, ciudad de Malla, y se le presentaron otros parientes suyos, príncipes sakias notables, para ser admitidos en la comunidad, como Aniruda con su amigo Badrica y Devadata, que era á la vez primo y cuñado de Buda. También se le presentó Upali, el barbero de los príncipes sakias, que en lugar de regresar prefirió quedarse en la comunidad y fué ordenado antes que los príncipes, lo que obligó á éstos á inclinarse ante él y á renunciar á su orgullo de nobles. Sólo Devadata se mantuvo inflexible y se mostró en adelante contrario y hostil al maestro, porque se había lisonjeado con la esperanza de suceder al rey en el trono, y había seguido á los otros más á la fuerza que por su voluntad. Una conducta enteramente contraria á la del anterior observó Ananda, hijo de Amritodana, que también entró en la orden entonces. Era primo de Buda y tenía la misma edad que Rahula. Este se unió estrechamente á Buda, y llegó á ser su favorito é inseparable compañero, y con el tiempo uno de los adeptos y maestros más célebres del budismo.

El Buda, de regreso á Radyagriha, pasó la estación de las lluvias y también la siguiente en el bosque de bambúes, donde robusteció, amplificó y profundizó en el ánimo de sus discípulos



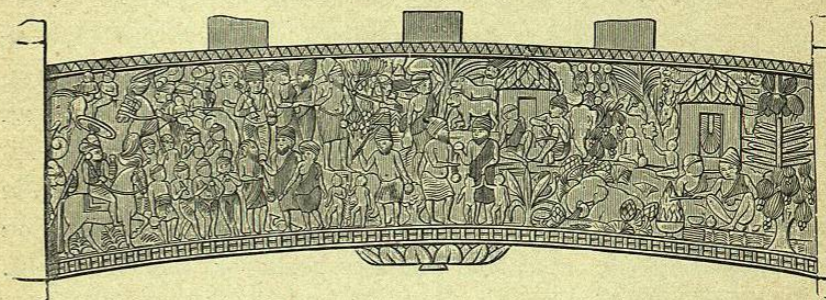
el conocimiento de su ley, y acompañado de varios de ellos hizo excursiones á las comarcas cercanas, predicando al pueblo su doctrina. En una de estas excursiones visitó, según todas las tradiciones, la ciudad de Sravasti, adonde había llegado un rico comerciante llamado Sudata y por otro nombre Anata-Pindada. Este comerciante, habiendo pasado por Radyagriha con muchos carros cargados de mercancías, había oído hablar á Buda, y conmovido de su doctrina había hecho valiosos regalos á la orden y obtenido del maestro la promesa de ir á visitarle á su ciudad, situada en el país de los cosalas. Allí adquirió el comerciante un jardín hermosísimo y vasto, por el cual, según dice la leyenda, pagó al propietario, que era Jetar, hijo del rey, tantas monedas de oro como eran menester para cubrir la superficie, dejándole además el edificio delantero. Allí construyó Sudata una vihara ó convento magnífico y perfectamente montado, según un modelo ó plano dado, interior y exteriormente. Cuando todo estuvo preparado, envió un mensajero al Buda para invitarle á ir.

La recepción fué pomposa, como la de un poderoso soberano. Abrían la marcha quinientos jóvenes conducidos por el hijo del donador. Seguíanles las dos hijas de Sudata con quinientas doncellas que llevaban banderas de colores. Tras ellas iba la esposa del donador con quinientas matronas que llevaban jarras llenas de agua perfumada, y tras éstas iba Sudata con quinientos hombres, vestidos, como todos los demás, con sus trajes de los días de fiesta. Al juntarse con el Buda, que iba precedido de una sección de discípulos legos y seguido de su comunidad de monjes, condujéronle al convento y jardín, los cuales, según la leyenda, al entrar el santo quedaron como él inundados de brillante luz. Entonces se dirigió el donador á Buda, saludándole respetuosamente, y echando agua de una copa de oro en las manos del maestro, dijo: «Con esto hago donación de este convento y bosque de Jetar á la orden de los bhixus con Buda por jefe, á él y á todos los suyos desde ahora para siempre.»

Entonces aceptó el Buda la donación, dió solemnemente las

gracias y bendijo al donador. Durante semanas se celebró la fiesta á que dieron lugar esta solemne donación y la estancia del Buda, presentándose también el rey Prasenayit, como los demás cosalas, para saludar al Perfecto y para reconocerle como el maestro supremo después de haber éste disipado todas las dudas.

Con esta donación se enlaza la tradición posterior, fundada en comunicaciones verbales del mismo Buda, pues todo lo que éste hizo, dispuso y ordenó, y lo que posteriormente dispusieron y ordenaron sus discípulos y los discípulos de éstos, se considera



Donación solemne de bienes, con la ceremonia de derramar agua en las manos de los que los reciben, bajo relieve del tope de Sanchi

como el legado sagrado é inspiración de Buda. Este, en el sexto año de su misión sagrada, se halló junto al lecho de su moribundo padre, el rey Sudodana, el cual, reconociendo lo temporal de todo lo existente, murió libre de los lazos terrenos. A su muerte fué admitida en la orden, á sus repetidas instancias, Prayapati-Gautami. La envidia de seis maestros herejes, al ver los progresos que hacía la doctrina budista en el pueblo, les indujo á proponer al rey de los cosalas, Prasenayit, después de haberse negado á ello el rey Bindusara de Magadha, que invitara al Buda á un certamen de virtud milagrosa. En aquel certamen los maestros herejes quedaron miserablemente vencidos, á pesar de lo cual no cesaron en sus calumnias; pero más que todo esto afligió á Buda una discordia entre sus propios discípulos, que le indujo á retirarse á la soledad. Lo que no logró con sus refle-



xiones y con el ejemplo de dos antiguos reyes enemigos, que olvidaron su enemistad trocando su odio mutuo en amor, lo consiguieron personas laicas de buena voluntad que hicieron que los monjes reconocieran su culpa y se restableció la concordia entre ellos.

Estos y otros muchos hechos, trabajos y conversiones, refiere la tradición de los primeros veinte años de la actividad del Buda, que al cabo de este tiempo nombró á Ananda, su primo y discípulo favorito, compañero y asistente permanente suyo. Poco más añaden las tradiciones del Sur respecto de los últimos años de vida del Buda; pero las del Norte hablan todavía del fin de la oposición que le hizo Devadata, diciendo que éste se hallaba dominado por un deseo insaciable de adquirir fama y riquezas, á cuyo fin se granjeó por medios mágicos la amistad del hijo de Bindusara, que le colmó de honores y de consideraciones. Con esto nació en el ánimo de Devadata el deseo de ponerse en lugar del Buda á la cabeza de su comunidad de monjes; pero desde el mismo instante perdió su fuerza mágica. Al saberlo el Buda dijo que los necios se hacían á sí mismos justicia, tomando ocasión de este suceso para exponer á sus discípulos las diferentes clases de maestros. A muchos monjes que le refirieron los grandes honores que Devadata recibía del hijo de Bindusara, dijo: «Así como el banano y el bambú mueren al producir fruta, así arruinan á Devadata y le pierden los honores y lucros.»

Algún tiempo después, hallándose el Buda predicando su doctrina en una numerosa asamblea, en la cual estaban también presentes el rey y su séquito, levantóse Devadata y, acercándose al maestro, dijo: «El señor se ve cargado de años y su vida se acerca á su término; que disfrute, pues, su dicha en tranquilidad y que me ceda la dirección de su comunidad.» A esto contestó el Buda: «No digas más, Devadata; ni á Sariputra ni á Maudgalyayana entregaré yo la dirección de la comunidad, ni mucho menos á ti, hombre tan perverso y vanidoso.» Al oír esta contestación, dada en presencia del rey y de su séquito, se

retiró despedido Devadata y desde entonces concibió la idea de perder al maestro. Este, por su parte, dió á sus discípulos en Radyagriha la orden de hacer saber públicamente que Devadata había cambiado y que sus discursos y actos no estaban ya de acuerdo ni con el Buda, ni con la ley, ni con la comunidad: noticia que fué recibida del público de diferente manera, según la opinión de cada cual.

Devadata indujo al príncipe, su protector, á matar á su padre y ponerse en el trono, prometiendo que él por su parte mataría al Buda y se pondría también en su lugar. El príncipe fué preso al penetrar con la espada ceñida en la estancia de su padre y confesó su objeto y que había sido incitado por Devadata, á lo cual contestó el rey: «Ya puedes sentarte en el trono en seguida,» é hizo coronar á su hijo. El primer acto del nuevo monarca fué apostar á un arquero para que matase á Buda, y á otros arqueros para apoderarse del asesino á fin de hacerle ajusticiar con otros más; pero éstos, lo mismo que el primero, depusieron sus armas mortíferas y confesaron arrepentidos su culpa. Entonces el mismo Devadata emprendió lo que no habían hecho los arqueros. Paseándose cierto día el Buda por la meseta del monte Buitre, subió Devadata á un pico más elevado, desde el cual arrojó un peñasco al maestro; mas el peñasco, al atravesar el aire, se hizo pedazos, uno de los cuales hirió un pie de Buda, haciéndole sangre. El maestro gritó entonces á Devadata: «Necio, te haces daño á ti mismo, porque verter la sangre de un tatagata (maestro) resulta fatal.» Los discípulos de Buda recibieron á su maestro en el convento con grandes muestras de dolor y le rodearon para protegerle de cualquier nuevo ataque; pero él los hizo apartar, diciéndoles: «Un tatagata no muere de muerte violenta, sino de muerte natural.»

Entonces probó Devadata otro medio. Indujo con grandes promesas al guarda de un elefante feroz, llamado Nalagiri, á que soltara el animal contra el Buda cuando éste pasase por la calle. En efecto, el animal se abalanzó con la trompa, las orejas y la cola levantadas contra el maestro, al cual sus discípulos instaron



espantados para que se retirase á todo correr; pero el Buda les mandó continuar tranquilamente su camino, mientras los habitantes de la ciudad, al ver lo que pasaba, subieron corriendo á las azoteas y miradores, unos dominados por el temor y otros llenos de fe en el poder del varón santo. Este al llegar cerca del elefante tocó con su mano derecha la frente del animal, el cual al momento quitó con su trompa el polvo de los pies del santo y se retiró humilde, retrocediendo, sin apartar la vista de Buda y arrojando tras sí el polvo que había quitado de los pies del santo, hasta volver á su establo y ocupar allí muy manso su puesto. Esto aumentó en el pueblo la fama del Buda y la veneración en que se le tenía, mientras disminuyó el prestigio de Devadata.

Entonces convino Devadata con sus partidarios en suscitar la discordia en la comunidad, y á este efecto se dirigió á Buda y pidióle cinco cosas que sabía que no le había de conceder: 1.<sup>a</sup>, la obligación de vivir solo en el bosque; 2.<sup>a</sup>, alimentarse sólo de lo que se recogía mendigando (no admitir invitaciones á comer); 3.<sup>a</sup>, vestirse sólo de trapos recogidos; 4.<sup>a</sup>, dormir al aire libre; 5.<sup>a</sup>, abstinencia de pescado (y de consiguiente de carne). El Buda, después de haberle oído y de saber que había en el público diversas opiniones respecto de los cinco puntos, preguntó á Devadata si quería provocar un cisma entre sus adeptos; y habiendo sido contestado afirmativamente, añadió: «Mira, Devadata, ya has ido demasiado lejos; abandona tus propósitos, son funestos estos cismas.»

Al siguiente día de fiesta, Ananda, al recoger sus limosnas, encontró á Devadata, que le participó que desde aquel día estaba decidido á celebrar las fiestas sin el concurso del Buda y de su comunidad, lo cual el fiel discípulo comunicó á su maestro. En efecto, aquel mismo día subió Devadata á la cumbre del monte Buitre con quinientos discípulos de Vaisali, todos novicios en la ley, y á quienes se había atraído recomendándoles la observancia de los cinco puntos litigiosos y diciéndoles que, á pesar de esto, había quedado en buena inteligencia con el

maestro. Sabido esto por Buda, envió al monte á Sariputra y á Maudgalyayana, diciéndoles: «Id, ya que tenéis compasión de aquellos discípulos, antes que se pierdan del todo.» Al ver Devadata desde lejos á aquellos dos, llenóse de alegría y orgullo y los recibió con gran veneración y respeto, á pesar de las advertencias de su amigo Kocalika, que le dijo que no debía fiarse de ellos.

A la entrada de la noche, Devadata, rendido de fatiga de tanto predicar é instruir, suplicó á Sariputra que ocupase su lugar, ya que la reunión estaba en disposición de escucharle, mientras él se tendía á descansar. Sariputra accedió gustoso, y cuando Devadata se echó envuelto en su manta y se durmió, hizo con su amigo Maudgalyayana prodigios de elocuencia y de energía maravillosa, tanto que la reunión abrió los ojos y comprendió la verdad del nacer y perecer. Entonces dijo Sariputra: «Pues bien: vamos ahora en busca del maestro; el que ame á su ley, que me siga;» y así él y su compañero se llevaron al bosque de bambúes á los quinientos discípulos extraviados por Devadata. Entonces despertó Kocalika á Devadata diciéndole: «¿No te había dicho yo que no te fiasas de aquellos dos, y que ellos nada bueno llevaban en la mente?» Devadata, al saber lo que acababa de pasar, experimentó tal disgusto, que arrojó sangre por la boca.

A aquella sazón reinaba en Magadha Ayatasutra, que tuvo preso á su padre y le quiso hacer morir de hambre; y sabiendo que la reina Vaidehi, su madre, proveía ocultamente á su esposo de alimentos, le prohibió el acceso al rey. A pesar de esto, el rey continuó viviendo por un milagro y paseando por su celda como antes; pero el hijo, degenerado y seducido por Devadata, le hizo cortar los pies.

Por entonces tuvo Ayatasutra un hijo, y habiendo salido al niño un amor maligno en los dedos, su padre le chupó el mal y calmó sus dolores, lo cual dió ocasión á su abuela para decir á Ayatasutra que lo mismo había hecho su padre con él cuando era niño. Esto ablandó el corazón del rey, el cual mandó poner á su padre en libertad, y el anciano Bimbisara pudo oír todavía